

---

# El hijo de menos madre

~~~~~

*El presente trabajo es el producto  
de grado esperado  
para el proceso de  
profesionalización  
como comunicador social  
a través de la  
UNAD en convenio con el CPB.*

---

*Crónica de periodismo literario*

---

*Bogotá D.C. Julio 9 de 2009.*

---

*UNIVERSIDAD NACIONAL ABIERTA Y A DISTANCIA (U.N.A.D.)  
CONVENIO CÍRCULO DE PERIODISTAS DE BOGOTÁ (C.P.B.)*

*ESCUELA DE CIENCIAS SOCIALES ARTES Y HUMANIDADES*

*PROGRAMA DE COMUNICACIÓN SOCIAL*

*PRODUCTO DE GRADO. CRÓNICA DE PERIODISMO LITERARIO*

## *EL HIJO DE MENOS MADRE*

*ESTUDIANTE:*

*JUAN CARLOS TADEO GUARDELA VÁSQUEZ*

*CÓDIGO: 73113780*

*UNIVERSIDAD NACIONAL ABIERTA Y A DISTANCIA*

*-UNAD-*

*ESCUELA DE CIENCIAS SOCIALES ARTES Y HUMANIDADES*

*PROGRAMA DE COMUNICACIÓN SOCIAL*

*9 DE JULIO DE 2009*

*Dedico este trabajo a la memoria de mi padre Pedro Eliseo quien me enseñó que la insistencia es una forma del logro.*

*A Elsa, mi madre, y a mis cinco hermanos que esperaron este logro 20 años.*

*A Francisco Fuentes y Aidée Padilla por su esmerado apoyo.*

*Y, con todo mi amor, a Mary Luz, quien avizora luz al fondo de todo túnel.*

## *CONTENIDO*

|                        |          |
|------------------------|----------|
| A manera de entrada    | (Pg. 5)  |
| Didascalia             | (Pg. 8)  |
| El hijo de menos madre | (Pg. 9)  |
| Uno                    | (Pg. 9)  |
| Dos                    | (Pg. 13) |
| Tres                   | (Pg. 15) |
| Cuatro                 | (Pg. 18) |
| Cinco                  | (Pg. 20) |
| Seis                   | (Pg. 26) |
| Siete                  | (Pg. 27) |
| Ocho                   | (Pg. 30) |
| Nueve                  | (Pg. 32) |
| Diez                   | (Pg. 34) |
| Once                   | (Pg. 35) |
| ANEXOS                 | (Pg. 37) |
| BIBLIOGRAFÍA PARCIAL   | (Pg. 37) |

## A manera de entrada

ESTA CRÓNICA ES el producto de grado esperado de quienes estuvieron en el proceso de profesionalización a través del convenio UNAD-CPB en su primera cohorte. Se trata de una crónica que intenta rescatar algunos sucesos de la Cartagena de los años 80 y quiere ser fiel a los hechos.

Hace algunos años me reuní con dos amigos (los cineastas cartageneros Manuel y Andrés Lozano) y se nos ocurrió la idea de un guión cinematográfico basado en algunos apartes de esta crónica. Esta idea ganó la importante convocatoria del Ministerio de Cultura y la Dirección de Cinematografía y Proimágenes en Movimiento (2007) con el nombre de “La tribuna” (<http://www.mincultura.gov.co/?idcategoria=5652>). Por estos días se encuentra en su etapa de rodaje en Cartagena ([http://www.eluniversal.com.co/noticias/20090518/ctg\\_gen\\_la\\_tribuna\\_busca\\_talento\\_local.html](http://www.eluniversal.com.co/noticias/20090518/ctg_gen_la_tribuna_busca_talento_local.html)). No obstante se trata sólo de algunos apartes de mi investigación los que se incluyeron en el guión. Por ello aún falta mucho que investigar pues creo que a penas es el sustrato de un libro de no-ficción.

En cuanto al trabajo periodístico parto del hecho de que la una crónica puede ser intemporal y versar sobre temas que no necesariamente son de actualidad. Pero hay un requisito indispensable desde el punto de vista ético: los pormenores que cuenta, desde el periodismo como tal, deben ser elementos reales aunque sean elementos que nos orienten sobre situaciones ya olvidadas. Estos hechos pueden generar más información sobre nuestra realidad que cualquier estudio historiográfico.

En cuanto a la verdad, como definición universal del ser, reina una absoluta confusión aunque todos estemos de acuerdo en que todo periodista debe contarla. El deseo de que la información sea fiel a la verdad es elemental puesto que las noticias son el material que utiliza el ciudadano para informarse y reflexionar sobre el mundo que le rodea, su cualidad más importante consiste en que sean informaciones utilizables y confiables (Bill Kovach y Tom Rosenstiel en *Los elementos del periodismo*). Ahora bien, esa información puede ser el estado del tiempo, el alza de los precios de la gasolina, las estadísticas sobre el SIDA, así como también un acontecimiento que no hizo parte de las grandes escenas de la Historia (con mayúscula) pero que dio relieve a una época y que configuró una de las pieles de la urbe. Cuando el registro de los hechos se hace forzoso en el quehacer informativo hay que aproximarse desde el texto

periodístico a esa materia esquivada que es la realidad. La aparición técnica del lead (las cinco preguntas) en el periodismo norteamericano del Siglo XIX es una de las técnicas con las que se pretendía atraparla. Pero en la primera mitad del Siglo XX esta técnica sería redefinida con la entrada en escena del Nuevo Periodismo y todos sus autores. El problema que encarna esa aparente simplicidad de la realidad (que por cierto tiene que ser asumida con el a veces endeble instrumento del lenguaje) es que cuando se tienen que mostrar rostros humanos en mitad de los acontecimientos ocurren innumerables destellos como si los hechos fueran un diamante que sueltan sus rayos en distintos ángulos y que puede ser interpretado de variadas formas.

Pero asumimos el riesgo en función de la historia de esta tragedia. Pues esta es la crónica de una tragedia y creo que una tragedia no sólo es un grupo de cuerpos mancillados por una explosión o el abismo de terror que sintieron los sobrevivientes que pueden contarla. Allí está el mayor reto del cronista de nuestros tiempos: que el cronista logre que el lector se convierta en el sufriente de ese acontecimiento dándole un salto universal al acontecimiento mismo y a la imaginación. El suceso debe volverse metáfora. Pero a su vez es el mayor reto personal para el periodista: que cada descripción, cada rasgo, cada elemento de esa narración sean absolutamente verificables.

La crónica es el único territorio donde combaten con armas iguales la realidad y la imaginación, apunta el periodista y escritor Tomás Eloy Martínez. La frase encarna un reto ético y más en la Colombia actual. Por su despliegue y profundidad de creatividad estilística, pero también por el criterio informativo que demanda, la crónica es uno de los géneros periodísticos más exigentes. Para dominarlo es preciso combinar ciertas dotes de escritor con habilidades de investigador, complementa Alberto Salcedo Ramos. Por ello decidimos asumir la escritura de esta crónica ya que nos exige ambas pericias y además porque un elemento que puede potenciar el tema es la curiosidad.

Por otro lado Daniel Samper Pizano, estudioso del periodismo señala que en el periodismo narrativo hay una nueva mezcla entre el impulso mimético y el impulso histórico. El impulso histórico es el que cuenta la verdad, el mimético es el que procura imitar la verdad, y solamente se logra con materiales del primer impulso (el histórico), con elementos reales, comprobables.

A la vez estuvimos inmersos en distintos compendios del Nuevo Periodismo y descubrimos que para hacer una crónica uno tiene que ser pro activo en su manera de reportear y no reactivo. Pues se trata del equilibrio entre la investigación cualitativa y la investigación cuantitativa, que a la larga son las dos púes de un solo anzuelo.

Lo hicimos entrevistando a distintos personajes que se encontraban en la sala de redacción del periódico El Universal, de personajes de las barriadas de Cartagena y de personajes que aún temen aparecer en esta narración con sus propios nombres.

De igual manera tuvimos que aplicar con rigor las normas de investigación periodísticas usadas por los medios hoy en Latinoamérica. Constantemente en ese proceso hay que preguntarse cuál es el siguiente paso. No sólo toda la información que se pueda sino la que nos fue llevando a situaciones que nos servirían para la crónica. A veces esas situaciones son recursos de la desesperación. Pero no dejamos de lado uno de los presupuestos básicos del Nuevo Periodismo. La idea consistía en ofrecer una descripción objetiva competente, algo que los lectores siempre tenían que buscar en las novelas o los relatos breves: esto es, la vida subjetiva y emocional de los personajes (Tom Wolfe: El nuevo periodismo).

El estilo cuenta y tiende a ser sencillo y sobrio. Los periodistas literarios escriben desde una posición reiterada y móvil, desde la cual cuentan historias y también le hablan directamente al lector (Mark Kramer, Los periodistas literarios). Tuvimos que realizar una construcción dramática, uso abundante del diálogo, descripción de señales de status y manejo literario del punto de vista. Y concluimos con Italo Calvino que la diferencia sutil entre una crónica y una crónica de primer nivel está en la exactitud del detalle visual, en el conglomerado de descripciones capaces de hacer que el lector vea la historia y por lo tanto la viva.

Las tentaciones son grandes con la crónica. Nadie, salvo el periodista, sabe lo que ocurrió. Pero cuando se asume un evento histórico se tiene que buscar la verdad por medio de datos históricamente verificables. “No escribas bajo el imperio de la emoción. Déjala morir, y evócala luego. Si eres capaz entonces de revivirla tal cual fue, has llegado en arte a la mitad del camino”, nos dice Horacio Quiroga.

## *Didascalia*

*EL MITÓLOGO JOSEPH CAMPBELL explica que en las mitologías de todas las culturas destacan figuras que, bajo el ropaje de imágenes locales desarrollan una búsqueda esencialmente idéntica. En esta búsqueda el héroe, turbado por la situación en que vive, es empujado —por la tentación o las circunstancias— a abandonar la familia y lo familiar, e iniciar una aventura hacia lo desconocido (Gilgamesh, Sinué El Egipto o el Hijo Pródigo).*

*Este héroe arquetípico enfrenta a los guardianes del umbral, su viaje puede hacerle morir. Su aventura se lleva a cabo en el submundo o en un ámbito sobrenatural de terrores y maravillas, dioses y demonios. Su iniciación requiere que asuma pruebas, ayudado por un sabio mentor o por espíritus. En el punto más bajo de su ordalía el Héroe debe afrontar su desafío supremo: matar al dragón o robar algún bien, rescatar a la princesa o encontrar el tesoro. Sus recompensas son enormes: la consumación de un matrimonio sagrado, la reconciliación con el padre o el convertirse él mismo en dios, o, en nuestro caso en un héroe de las barriadas.*

*Para Carl Jung la cultura occidental está repleta de mitos del Héroe y constituye un en sí misma descomunal mito del Héroe. Creo, como él, que esos héroes se encuentran en todos lados y que esquinas sin nombres pueden ser sus recintos y que sus muertes pueden marcar las pieles de la historia de una ciudad y de una generación.*

## *El hijo de menos madre*

Si no entiendes la lengua de un país puede ocurrir fácilmente alguien confunda a Otelio con un conquistador de barrio.

*Karl Graus*

### Uno

LO QUE SIGUE lo supe por boca del jefe de redacción del diario El Universal de Cartagena por la época de los hechos, Álvaro Anaya, quien es hoy un importante periodista a nivel local. Por aquel entonces (1987) las instalaciones del periódico se encontraban en el Centro amurallado, más exactamente en la calle San Juan de Dios, en los mismos recintos en donde aprendió a escribir Gabriel García Márquez en el año 48 de la mano de Clemente Manuel Zabala. Trato de no exagerar y de ser fiel a lo que contó Anaya.

En la última noche de su vida Vladimiro Espinosa no usó el auto que sus padres le habían obsequiado cinco semanas atrás. El aparato importado, luego de un año de súplicas, le había sido entregado con convite en el restaurante Árabe y pie de foto en el diario El Universal. Desde ese momento Vladimiro hizo gala de un histrionismo salvaje por las calles en ostentosas competencias con sus amigos, haciendo correrías por los barrios con los altavoces a todo volumen, ubicándose a la entrada de las discotecas lujosas, mofándose de las patrullas de la policía —sabían de quién se trataba, era obvio— volándose los semáforos, entrando a la inversa por las avenidas.

Esa noche caliente de junio Vladimiro fue a los jolgorios de sus amigos en el edificio más alto de la calle de El Patial en el barrio Manga en un vetusto taxi. Esto motivó bromas y juegos obscenos. Luego vino el whisky, el escándalo por todo el edificio, la llamada por teléfono a varias muchachas de barrios estropeados para que se unieran a la jarana. Luego vinieron las líneas de coca sobre el vidrio de las mesitas de centro, las escenas de sexo torpes en la

cocina y una locura más, la última en la vida de Vladimiro: con sus neuronas excitadas por la droga, caminó por la baranda del balcón del octavo piso haciendo alarde de una absurda firmeza ante el abismo. Fue un rito de despedida.

De regreso, un taxi lo dejó faltando unas diez cuadras de su casa. Al parecer Vladimiro quiso caminar esa distancia acaso no sólo para apreciar el amanecer sobre el mar sino para alejar la ebriedad dejándose acariciar por la brisa salada de la madrugada. El andén, sembrado de trupíes y de almendros desde el Muelle de los Pegasos hasta la Avenida San Martín, tenía un aspecto sombrío. Vladimiro iba casi dormido, zurumbático, algo yerto. Pese a la intensidad de la juerga llevaba todavía impecable la camisa blanca y sus jeans parecían acabados de poner. Sus Adidas relumbraban por el bamboleo en la oscuridad. Una gorra de Los Yankee coronaba su cabellera lacia. Pese a la hora, se sobó los dedos como un peine y se arregló el cuello alto de la camisa.

Vladimiro se detuvo a orinar bajo uno de los arbustos de trupí. Hizo un esfuerzo para mirar en el horizonte y vio que se acercaban varias sombras; bultos indefinibles. Era un grupo de vendedores ambulantes de tinto y aromáticas que regresaba de Bocagrande a pie y con sueño. Uno de ellos, un negro delgado de unos veinte años con cejas anchas y muy serio, gritó: << ¡Vaya y edúquese!>>

Vladimiro levantó la mano y mostró el puño en el aire convidando a pelear a todos aunque no veía los rostros de los tinteros, sólo cuerpos oscuros. << ¡Vaya y edúquese!>>, repitió sin aspaviento el negro. Vladimiro sintió que la rabia le hinchó las sienes. Se acercó a ellos intentando verlos con claridad. Los tinteros se apartaron, sólo se quedó inmóvil el negro delgado con cejas anchas que había gritado. Vladimiro se acercó torpemente hacia él y se puso en guardia mientras respiraba sonoramente. Los tinteros se rieron porque el esfuerzo que hizo terminó siendo una bufonada. Era imponente pero el negro no le temió y sintió, a pesar de la brisa marina, que el bravucón exudaba galones de alcohol.

Vladimiro tomó fuerza, agarró al negro por la camisa, lo levantó y lo tiró al piso con sus termos de café y aromáticas. Las tapas volaron y las bebidas —aún hirvientes— se derramaron en el andén soltando una nube de vapor. Los demás tinteros dejaron de reír. Vladimiro, pateó en varias oportunidades las costillas del negro. Esta agitación le aclaró la vista. De pronto, una mano le empujó por el hombro con brusquedad. Vladimiro volteó y pudo ver que era un muchacho delgado, negro, con nariz ancha, serio, demasiado feo.

No era tintero, no llevaba termos. Vestía camiseta a cuadros, bermuda larga de jeans y zapatillas amarillas. Vladimiro lo miró con asco, sobre todo por las zapatillas que deslucían y continuó dándole patadas al tintero en el piso que echaba moco por las narices. El maluco volvió a empujarlo. << ¡A ti también te doy!>>, le gritó Vladimiro.

Enseguida el maluco le dijo, suave, casi irónico: << ¡Métete con los de tu tamaño!>> Fue absurdo, el tamaño de Vladimiro superaba al de todos. El furibundo aulló y acto seguido hizo alarde de una postura de artes marciales y se cuadró para lanzar una patada al maluco entrometido. El maluco levantó las cejas en señal de burla pero Vladimiro soltó una patada voladora que fue a estrellarse a su boca. El maluco cayó de espaldas. De inmediato Vladimiro se le fue encima y se trezaron a golpes.

La camisa de Vladimiro se ensució de barro. El tintero pudo ponerse de pie para apartarse y ver la escena. El maluco se desembarazó de una llave de lucha libre que Vladimiro le impuso y, como pudo, se paró cuadrándose para la pelea. Vladimiro abrió los brazos y se abalanzó atenazándolo con la fuerza de un oso. No se supo de donde, pero un cuchillo de matarife apareció en la mano derecha del maluco. Al parecer estaba en una vaina a su espalda. Esa mano se levantó rápido y clavó el cuchillo en la espalda de Vladimiro quien cayó de rodillas con las manos al aire y en silencio. Al tiempo los tinteros gritaron como si en sus cuerpos (también) entraran cuchillos.

Ahora Vladimiro estaba arrodillado. El maluco acercó su rostro al de él y le dijo con sofocación:<<Ahora ya no eres el machito karateca>>

Vladimiro respiró con dificultad. Gruñó. Tragó saliva. Sabía lo que le estaba pasando. Se oyó entonces un sonido seco y fue que el cuchillo se hundió a un lado del esternón. Caló hondo.

Vladimiro hizo un gesto de dolor y gritó. Los tinteros gritaron en coro. Ahora el que sentía asco era el maluco y se lo hizo saber a Vladimiro esgarrando, escupiendo la tierra. El gesto le abultó los labios al maluco. Vladimiro veía sólo sombras.

Un silbo agudo, húmedo, empezó a oírse en el aire. Un silbo que se parecía al de las olas. Un silbo venido de las entrañas de Vladimiro. <<Te vas a morir>>, dijo el maluco. Vladimiro siguió de rodillas y con los brazos abiertos tratando de abrazar algo invisible. El maluco contempló el cuchillo de matarife como quien cuida algopreciado. Estaba limpio. La siguiente tasajeada la aplicó sin garbo, acaso sin furor. Vladimiro gritó como un niño. El cuchillo entró esta vez por debajo del omoplato izquierdo. Una mancha redonda emergió en la camisa blanca. De inmediato hizo un gran tajo hacía adelante haciendo un giro hasta al frente. Vladimiro dejó de gritar y movió la cabeza diciendo no, buscando aire, mordiéndose la lengua, tragando. El maluco se retiró unos pasos para apreciar a Vladimiro desde lejos. Vladimiro se sostenía equilibrándose con los brazos extendidos como suplicando al cielo. Enseguida, como si hubiese olvidado algún detalle, el maluco se le acercó de prisa y como quien termina una labor en la que ha meditado largo rato, con un dejo cercano al desgano, dio la última cuchillada por detrás a la altura de los riñones. Entonces se retiró, con tranquilidad, frente a los aterrados tinteros. Entonces arrojó el cuchillo de matarife hacia la bahía, caminó por la acera como si no dejara ningún muerto atrás. Cruzó la carretera y entró por la puerta del Reloj Público para perderse por las calles del Centro amurallado.

El silbido continuó. Los tinteros podían oírlo claramente. Era el aire de los pulmones de Vladimiro saliendo por las heridas. Era la vida que se iba. Un cuarto de hora demoró en morir. Arriba salía ya el cuajo amarillo del amanecer.

## DOS

SEGÚN ANAYA LA policía llegó al sitio cuando el sol ya estaba afuera. Del grupo de tinteros quedaron sólo dos jipatos que narraron, con exactitud, lo ocurrido. Dieron la descripción del maluco. Dijeron recordar el rostro del atacante aunque después les fue difícil. La diligencia demoró hasta las ocho de la mañana. A esa hora ya un grupo de personas murmuraba alrededor del cadáver. Acaso lo cierto fue que homicida caminó por dentro del Centro amurallado, tomó varias calles zigzagueando el laberinto de callecitas para evitar que lo siguieran y salió por la boca del restaurante Nautilus, en la esquina del monumento a la India Catalina. Allí tomó un taxi vetusto que lo llevó hasta la entrada de su barrio. Luego caminó varias cuadras largas subiendo lomas. Cuando llegó a su casa ya era de día. Acaso el barrio tiene el nombre de La Candelaria pero, por tratarse de un barrio que se constituyó en hueco de ladrones es más bien conocido por el de La Candela.

La familia del muerto lo supo por teléfono. La policía halló en su cartera su identificación, una bolsita de coca con menos de un gramo y algo de dinero. La casualidad (o el destino) hizo que Nicolás Arismendi, el médico legista de la morgue de la ciudad, pasara en su auto en por el sitio y pudo contemplar el cuerpo extendido en medio de la gente pero no pudo identificarlo sino hasta cuando lo tuvo ya en su camilla de trabajo en las vetustas instalaciones de la morgue. Fue él quien dio aviso a la familia a pesar de que todos los policías de la ciudad sabían de quién se trataba.

En la casa empezó la gritería. Cuando Arismendi terminó de hablar con el padre del fallido, el doctor Misael Espinosa, director del Hospital Universitario de Cartagena y destacado docente; los sirvientes se llevaron las manos a la cabeza, gritaron hasta quedar roncós, y un aire de tribulación se sintió en todo el barrio de Bocagrande.

Los sirvientes se dedicaron entonces más a cuidar a la señora Clara, la madre, dada su intensa presión arterial y a sus problemas de nerviosismo. En cambio, Misael Espinosa, el padre, en pijamas se dirigió a la cava de madera antigua, destapó una botella de *Old Par*, se

sentó en la cama y empezó a tomar en la misma botella. Gabriel, uno de los sirvientes le trajo cigarrillos y él los abrió con lentitud, encendió uno y empezó a fumar a grandes aspiradas luego de más de años de no hacerlo. No hizo otra cosa que fumar y beber durante toda la mañana hasta quedar ebrio y afónico. Al mediodía, lleno de saliva y humo, recibió otra llamada de Nicolás Arismendi quien le dijo que podían ir a reclamar el cadáver. Misael le preguntó: <<Lo dejaron como un colador ¿verdad?>>. Nicolás no respondió. En la pequeña morgue miraba el cadáver. A pesar de las suturas todavía salían líquidos por las grietas. Lo que sí le dijo a otros colegas fue que se vio obligado a usar los calzoncillos del difunto para rellenarle el hueco inmenso que le quedó a la altura del riñón. Entonces, con ese argot frío de los médicos, le dio una rápida explicación de como fueron los daños infringidos a los órganos provocaron el deceso.

## Tres

EN 1995 INGRESÉ como reportero al hoy extinto El Periódico de Cartagena. Entre muchos periodistas mayores fraternicé con el más destacado reportero grafico, Wilfer Arias, alias Pipe. En agosto se iniciaron las preliminares de las Fiestas del 11 de Noviembre en Cartagena, así que nos tocó cubrir a ambos varios desfiles de reinas populares en algunos barrios intensos de los extramuros de la ciudad. Recuerdo que un viernes terminamos la ruta nocturna en casa de Pipe donde dos amigos lo esperaban. Ambos estaban en tragos. Uno era el carnicero del barrio y otro, el más exultante, era un policía retirado del cual no daré el nombre por razones obvias. Iniciamos una larga conversación. Días antes el director del periódico, Manuel Domingo Rojas, había solicitado a los redactores escribir crónicas rojas de figuras míticas de maleantes con el fin de vender el periódico en determinados sectores. Muchos eran conocidos y personalmente habíamos confeccionado una lista de maleantes dados de baja. Pensé que como se trataba de un policía en retiro debía tener un buen número de historias que contar. Habían pasado diez años pero los acontecimientos estaban claros en la memoria del policía retirado. De alguna manera trato de hilvanar sus palabras en lo que sigue.

*Yo siempre dije que algún día tenía que pasar. Eran los años 80 y las cosas eran distintas a lo de ahora. En aquel entonces no había tutela ni cuanta cosa. Me habían sacado de la Intendencia para hacer seguridad por todos lados. Siempre pensé que sería complicada la cosa, pero que va, mis compañeros insistieron aunque siempre les insistí que no debíamos extralimitarnos. Mis compañeros eran: Oscar Estor y Pedro Leones. Pero el de la culpa realmente es el comandante --cuyo nombre no recuerdo-- ¿ya? (¿Me entiendes por qué no lo recuerdo?)*

*El comandante nos mandó a la casa del Dr. Espinosa con el fin de ponernos a la orden. Y es que habían dejado bien feo a su muchacho. Fuimos ahí un día después del entierro en la destartalada camioneta Ford de Pedro. En el garaje estaba el carro que le había regalado el hombre. Por todas las paredes había fotos del muerto. Era muy querido. El Dr. Espinosa*

*había bebido y estaba acomodado en su silla reclinable en su estudio. Lo más de serio se puso Espinosa. Nos dijo que nos sentáramos en un sillón grande. Apretujados, los tres sentíamos el aire acondicionado de frente. De inmediato el Dr. Espinosa habló. Eso le gustó a Pedro, que fuera directo al grano. <<Lo que quiero es que no hagan tanta bulla con esto>>, dijo mientras me lanzaba una mirada. Para apaciguar las cosas Pedro le repuso: <<Venimos a ofrecerles nuestros servicios. Sabemos cómo se siente usted y su familia>>. La verdad es que sentí que era como una escena ya ensayada. Por un rato se quedó en silencio. Los tres entonces nos quedamos mirando a todos lados. Yo me fijé en una colección de pipas muy bonitas. Espinosa miraba el aire. Cuando Estor se decidió a agregar algo, lo interrumpió con de dureza: <<Tendrán todo lo que necesitan. Ya compré equipos de comunicación para los cuatro. Nos reuniremos semanalmente. Les pagaré todo en efectivo hasta que encuentren al tipo. Me informarán cada uno de sus pasos. Ahora soy yo su jefe>>.*

*La cosa nos pareció cómica. Hay mucha gente que piensa que esto de ser policía es como en las películas. Pero luego pudimos ver en sus ojos el aire de venganza bien seria.*

*Espinosa se acomodó en su gran sillón de cuero y sacó de una de las gavetas un fajo de billetes y una caja con cuatro aparatos de radio, baratos, como de juguete. Ceremoniosos, serios, tomamos los aparatos y el dinero. Nos fuimos. Esta vez caminamos por el pasillo más rápido que cuando llegamos. Íbamos casi corriendo. Pudimos ver a la señora Clara, la mamá del muerto, en el jardín interno arreglando cositas y supimos que de inmediato imaginó de lo que se trataba.*

*En la destartalada camioneta íbamos felices y bañados en el humo de aceite quemado. Unas cinco cuadras siguientes nos detuvimos frente a una tienda y repartimos por partes iguales el dinero. De inmediato tomamos cervezas hasta que se hizo de noche. Pedro, quien era el más veterano planeó lo que íbamos a hacer. Juramos que nadie más se enteraría y que en verdad a nadie buscaríamos. Al fin y al cabo las radios y el dinero ya eran nuestros. Una que otra vez llamamos al Dr. Espinosa con nuestros nuevos juguetes: “Águila dos, águila tres, águila cuatro para águila uno”. La idea era que Águila 1 era el Dr. Espinosa y las demás Águilas éramos*

*nosotros. Ante esto se burlaba Pedro diciendo que las únicas águilas que nos movían eran las cervezas.*

*Mientras hacíamos otras cosas siempre le llamábamos en mitad del día para decirle que andábamos buscando al sujeto que había matado a su hijo. De la noche al día ese sujeto ya tenía nombre, se apodaba El Farolo y en eso nos ayudó un periodista del diario local.*

*Espinosa en persona nos respondías las llamadas. Pero realmente nos burlábamos cuando él hacía malabares con palabras dirigiéndose a nosotros. Nos reíamos diciéndole que nos encontrábamos por las calles de un barrio oscuro de la ciudad. Así empezó lo que fue derroche. Cuando empezó a imaginar que los operativos no daban resultado, empezó a citarnos en un restaurante chino de la avenida Pedro de Heredia donde nos brindaba buena comida y whiskys. Pero todo se dañó. Verás cómo todo se dañó.*

## Cuatro

A PRINCIPIOS DE los 80 las ventas del periódico El Universal no superaban los 800 ejemplares en toda la ciudad. Álvaro Anaya me contó detalles de que un homicidio en la ciudad era cosa de relieve. Así que la tendencia del periódico hacia el amarillismo era normal, además, la ciudad casi que lo pedía a diario. Hacía décadas que el periodismo local había gestado una verdadera tradición en cuanto a cronistas. En los 40 tuvieron renombre nacional plumas como las de Aníbal Esquivia Vásquez, Luis Carlos López, Santiago Colorado, Héctor Rojas Herazo y Clemente Manuel Zabala. Pero las alturas literarias de este periodismo no tuvieron continuación y lo que se vio en los 80 fue un periodismo fungible. En esos años tal era la expectativa de los lectores de los barrios pobres de la ciudad por noticias de sucesos de crónica roja que cuando se dio el caso llamado “El sádico de Arroz Barato” (1984), la ciudad se volcó al único medio de comunicación escrito. De menos de 800 ejemplares llegó a la cifra record de 4500. Incluso hubo dos ediciones en un día. Pero cuando se dio captura al sádico que violó y asesinó a una menor en el barrio Arroz Barato, el diario dejó de venderse, así que tenían que ingeniárselas. Aunque realmente el diario subsistía sin depender de las ventas estas estimulaban la inversión de quienes querían publicitar algún producto. Por ello cuando se percataron sus directivas de que estaban sin materia prima se necesitó a más de un cronista con habilidades de búsqueda de historias de crónica roja. Fue así como las directivas le confiaron al periodista de los Montes de María, Alfonso Hamburguer, escribir crónicas de este tipo. Alfonso (aún) es un tipo con una afabilidad sin precedentes. Es amigo de todos y en aquel entonces supo obtener información directa en la insipiente jefatura de prensa de la policía en la que se informaba de los casos de manera directa con quienes investigaban. Al lado de eso tenía una destreza sin igual para la narración de sucesos de la forma cómo le gustaban a los lectores. Ni siquiera había boletines de prensa en la policía de aquel entonces. En esas andaba cuando se topó con los tres policías que investigaban el caso Espinosa. Por ello una de las crónicas más impactantes, contadas con lujo de detalles por parte de Alfonso en la página de Sucesos en fue la muerte de Vladimiro Espinosa. Aquí un aparte de la nota publicada.

### *Se busca a alias El Farolo”*

*Desde hace varias semanas la policía del departamento de Bolívar ejecuta un envolvente operativo de búsqueda y captura de un conocido delincuente que ha sembrado el terror en distintos barrios de la ciudad. Se hace llamar “El Farolo” y se le adjudica el reciente crimen del joven estudiante de medicina Vladimiro Espinosa, hijo del reputado cirujano Misael Espinosa quien se desempeña en la actualidad como director del Hospital Universitario de Cartagena. La noche del pasado sábado El Farolo se vio involucrado en al menos tres robos con arma corto pulsante, según lo indican agentes que le siguen de cerca la pista. Un joven del barrio El Espinal, alias el Mejor Vale, fue la otra de sus víctimas cuando en una de las esquinas del popular barrio fue atracado por el archiconocido maleante cuando este lo redujo diciéndole de manera descarada: <<Quítate los zapatos que ya los tengo vendidos>>, la víctima denunció que los zapatos eran de marca Reebok.*

Notas como esta llenaron las páginas de El Universal por aquellos días. De tal manera fue el trabajo sin confirmar de Alfonso que incluso cualquier atraco de tienda o de pequeño supermercado en los alejados barrios de la ciudad era endilgado a la figura mítica. E incluso llegó a creer los cuentos de los tres agentes que se atrevió a dar su descripción diciendo que tenía un impresionante parecido con el ex defensor de la selección Colombia Luís Carlos “el coroncoro” Perea cuyo rostro era fácil hallarlo en un almanaque deportivo o en cualquier afiche de cerveza Águila.

## Cinco

EL PROBLEMA ERA que Luis, un muchachito del barrio la Candela, no sólo tenía el nombre del futbolista sino que tenía un impresionante parecido con él. Su madre le había puesto el apodo de Popelino por la ternura de la tela de la popelina. Cuando cumplió los dieciséis no dejaba de orinarse en la cama. Como a esa edad no era normal despertar en un charco de orín Popelino decidió una noche amarrarse el prepucio con una pita de bollo. Lo hizo a escondidas antes de que apagaran las luces de la casa. En la oscuridad y bajo las sábanas sus manos se aseguraron de que en caso de liberarse la incontinente vejiga no saliera ni una gota. Creyó que así podía darse tiempo de levantarse y salir al patio. Esa noche su abuela, algo comprensiva, le había dicho: <<Negro, no le hagas caso a las sombras, eso es puro visaje, ¿oíste?>>. Sin embargo en mitad de la noche el insipiente pene de Luis se convirtió en un inmenso globo hinchado de orín haciéndolo gritar.

La madre de Popelino empezó a recorrer todas las calles a eso de las dos de la mañana. Iba dando gritos con su muchacho que no podía caminar y al que le pusieron una toallita azul para taparle la inmensa pelota de orín que más bien tenía el aspecto de un gran melón.

Atrás iba su abuela Marlene con el taconeo de sus muletas gargareando maldiciones. Luego salieron, como por arte de magia, unos treinta o cuarenta vecinos, casi todos hombres sin camisa. Las mujeres entraron con Popelino a la casa de una vecina enfermera que luego de calmarlos a todos observó con preocupación la inmensa bola de orín atrapado en el prepucio a punto de reventar. Afuera el grupo de vecinos comentaba de cuanta cosa y de las posibilidades de atender semejante emergencia. Pero lo que llegaban a oídos de Popelino eran maldiciones sobre su impresionante ocurrencia.

—Cálmense, ¡no joda!—, gritó la enfermera que a esa hora de la madrugada tenía una bata bastante sucia y la cara de recién levantada. Enseguida se imputó y volvió a gritar, esta vez aplaudiendo. —Sálganse todos. Que se quede no más las mujeres.

Le hicieron caso.

La enfermera era conocida en el barrio por atender, a escondidas, a heridos graves de bala perseguidos por la policía, a hombres atravesados por puñaladas traperas y a cuanto bandido llegare a su puerta con la carne abierta. Se encargó de acostarlo en su mesa de comedor bajo la luz pálida de un bombillo de pocas bujías. Le colocaron alrededor de su melón de orín una bolsa de agua caliente envuelta en una sábana. La enfermera buscó sus implementos y los colocó con cuidado a un lado del cuerpo de Popelino. Lagrimeaba sin dejar salir un quejido. Las murmuraciones se escuchaban en la calle. Ya no eran voces de preocupación sino de burla. Con delicadeza la enfermera trató de hallar la pita.

— ¡Se hizo un nudo ciego, oye!

Las mujeres miraron consternadas la inmensa bola amarilla que, bajo la débil luz de la bombilla, mostraba una piel azulada por una malla de venitas negras y verdes. Popelino temblaba.

La pita estaba apretada de tal manera que se había incrustado en la delicada piel y era imposible cortarla. Con suavidad la enfermera dobló la punta del aquel globo y pudo sentir con sus uñas la pita. Pero temió cortarla con una curvada tijera quirúrgica.

—A este muchacho hay que operarlo de urgencia— dijo la enfermera.

—Haga lo que tenga que hacer—, repuso Estebana.

—¿Te duele la espalda?—preguntó la enfermera. Popelino asintió. Trató de moverse para mostrarle el sitio donde le dolía, justo a la altura de los riñones, pero fue imposible.

Uno ojos burlones se asomaron por los calados de la terraza. Entonces se oyó la algarabía de los hombres festejando afuera. Los que estaban asomados en los calados iban narrando a los otros lo que ocurría.

La enfermera se agachó y puso los ojos a la altura del pene inflado. Obligada por su presbicia arrugó los ojos para contemplar el sitio exacto donde la piel se separaba de la pita. Le echaba su aliento de matrona acabada de levantar. Y ella, acaso sintió el almizcle del muchacho que se había alojado en su prepucio a lo largo de meses.

El que se asomaba por los calados describió la escena a los que estaban afuera expectantes y se volvió a escuchar la algarabía. Esta vez hubo carcajadas.

La enfermera se levantó y puso cara fea y mirando a las dos mujeres les anunció:

—La cosa está maluca. Ni con el bisturí puedo.

Popelino cogió fuerzas de donde no tenía y gritó con voz de gallo a los de afuera:

— ¡Jueputas!

Los de afuera estallaron de gozo por el raro silbido que le salió a Popelino por la garganta.

—Se te van a salir las tripas por la pinga— gritó uno.

—Llévenselo para el hospital—, desistió la enfermera.

—¿El hospital? ¿Para qué rematen al muchacho? Déjenme que yo sé que es lo que hay que hacerle—, refunfuñó la abuela.

La madre levantó a Popelino y se lo echó al hombro. La abuela sonó las muletas y se fue atrás. Una vez afuera los hombres aumentaron la algarabía. Popelino estaba paralizado por el miedo. Cinco hombres se ocuparon de ayudar a la madre y lo llevaron a la casa. Ya en la casa abrieron una sábana en el piso y lo acostaron de la misma forma como estaba en la mesa de comedor de la enfermera. Cuando la abuela entró le abrieron paso:

—Yo sé que es lo que hay que hacer.

La casa se llenó de la gente. Una de las vecinas trajo una aromática de canela y azúcar para calmar al muchacho. Popelino la tomó con ansiedad. Le trajeron otras tisanas: boldo, jengibre, albahaca. Uno de los hombres que lo había cargado gritó que no, que era mejor que no tomara nada porque podía hacerse otra vez pis y que iba a hacer peor.

Todo empezó a calmarse y los hombres del barrio empezaron a contar historias de hospital y de heridas. Historias que Popelino escuchaba con atención a pesar de su estado. Narraron varias ya famosas. Más para distraer al enfermo que para hacer memoria del barrio. Contaron la de un pandillero apodado El Minguito quien había sido el terror de más de diez barrios y que estaba al frente de una banda de apartamenteros. En una de sus andanzas al sujeto le pegaron un tiro calibre 22 en la frente con tal suerte que se quedó alojada entre la piel de la frente y el hueso, así que le tocó esperar en la urgencia del hospital universitario más de tres horas. Lo sentaron en una banquita y le dijeron que levantara la barbilla y mirara el techo con el fin de que no le corriera demasiada sanguaza por el rostro. Mientras esperaba ser atendido El Minguito soportó agarrando la mano de su esposa, alias Mecha Brava, quien incluso se había preparado para el percance habiendo llevado a la urgencia del hospital una fiambra con carne y arroz, alimentos que le dio a su marido con una cuchara mientras ambos discutían sobre lo que debían hacer con la persona que le había hecho semejante cosa.

Otra de las historias fue la de un hombre que llegó al hospital con un puñal enterrado en el hombro izquierdo. Los médicos demoraron un día completo para extraerlo. Así mismo la de una mujer cuyo marido celoso la encontró en un baile de caseta. Este le cortó tres dedos con

un machete. La mujer fue atendida en el hospital y luego de la operación, dicen que fue a buscar sus falanges, las que, incluso, las pudo encontrar luego de terminada la fiesta, ya mancillado por los zapatos de las parejas del baile.

Con historia como esas pudo Popelino resistir el dolor de la presión del orín dentro de su prepucio un buen tiempo hasta que se hizo de día.

Alguien trajo una lupa para poder ver mejor la cesura que había dejado la pita en la carne del prepucio. Le echaron suavemente, sobre la superficie de venitas azuladas, una gran cantidad de Vick VapoRub y de inmediato empezó a sonar con un sonido acuoso y como si tuviera un pez vivo adentro. De otra casa alguien trajo vanamente un analgésico para el dolor.

—Yo sé que es lo que hay que hacerle— repitió la abuela. Se sentó en el piso mimando al niño. Mandó buscar un tronco y un machete afilado. Una vecina trajo los rústicos artefactos.

La abuela, como pudo, estiró sus piernas agarrotadas y dejó a un lado las muletas para acercarse lo más cerca posible a la gran pelota de Popelino. Lo colocó de medio lado, lo rodeó de sábanas dejando destapada sólo la pelota de orín. La abuela le agarró con cuidado el nudo del prepucio y, estirándolo, lo puso encima del madero. Todos en la sala hicieron silencio y abrieron los ojos con asombro.

— ¡Es como una circuncisión!— gritó la abuela.

Nadie entendió pero la abuela sobó el filo del cuchillo sobre la piel del prepucio apoyándose sobre el madero. Lo hizo, con fuerza. El filo quedó clavado en el tronco.

Una rápida ola de agua amarilla y salerosa salió de la bolsa y se extendió en el aire. La abuela quedó bañada de orín, levantó su cabeza empapada y dijo riendo con voz chueca y con su boca desdentada:

— ¡Tremenda pinga le va a quedarle a este muchacho del Diablo!

De esta manera Estebana comprendió, por primera vez en su vida, lo que significaba la fraternidad de la gente de un barrio. La historia se extendió por todo el barrio con infinitas variantes.

La abuela de Popelino ya murió. Pero es muy conocida aún su madre, famosa fritanguera que ha ganado varios concursos de arepa de huevo en las Fiestas del 11 de Noviembre. En diciembre de 2001, la encontré recostada un taburete. Empezó a recordar aquellos años.

*Era que él nunca calentaba la casa. Nunca se estaba un rato haciendo cualquier cosa. Como para distraerse cortando el monte. O limpiando un ventilador o arreglando las puertas o tapando goteras. Nada. Yo no quiero que vayas más allá del barrio, le decía a cada rato. Pero qué va. No sea que te confundan con el recuerdo del Samir Beetar. No sea que te estén viendo desde los calados los ojos del aborrecimiento. No sea que les tengan ácidos para echárselos en las caras. Yo le insistía a mi pelado que no saliera. Pero nunca me hacía caso. No vayas más allá de Las Tajadas, no vayas más allá de las puertas de San Isidro, porque son solares de bárbaros. No mires con ganas a sus mujeres. No des la espalda. No te dejes. En todos esos sitios afilan navajas durante semanas esperando. Es que cuando bailas se ponen suspicaces los maridos y en cambio se alebrestan las mujeres. Por eso, cuando estés en los bailes ajenos, trata de bailar maluco. Nunca llames la atención. No vayas solo a sus calles. Allí los vecinos no te quieren. Pero nunca me hizo caso.*

## Seis

POPELINO NO ERA pandillero, pero aspiraba a ello. Nunca usó armas pero quería tenerlas. Andaba de barrio en barrio y llegó a ser conocido en distintos sitios de La Candela, cruzaba incluso los linderos y se iba más allá de la Avenida Pedro de Heredia. Esa noche fatídica se encontró con un par de loquitos azarosos que robaban mangos, mangueras, macetas e incluso baldes de recoger el agua. Ambos le invitaron, con unas monedas, a comer fritangas y tripitas fritas en la esquina de Los Transmisores. Allí le cogió la mala hora.

Habían pasado varios meses y los tres policías se estaban sintiendo presionados por las interminables puestas en escenas a las que se veían obligados. Así que decidieron de una vez por todas terminar la mentira. En el último mes los lectores de El Universal compraban ávidos las escasas páginas del diario con el fin de conocer detalles en lo que iba la búsqueda de El Farolo.

Entre tanto el maluco que había matado a Vladimiro, realmente había dejado las andanzas en los extramuros. Se había borrado de la faz de la tierra. Un de policías corruptos distinto le dijeron al amigo de El Pipe, que ya no alquilaba armas para sus atracos. No obstante por los días en que se extendían las mentiras sobre El Farolo en las calles de los barrios, el verdadero asesino se dedicó a algo más productivo. Se alió con un grupo de policías y un famoso comerciante de chances y loterías de baja estofa apodado El Perro.

## Siete

*ANTES DE QUE* aparecieran los números en las ruedas fiché el rumor se extendió a lo largo de cuarenta barrios de la ciudad. Los anuncios aparecieron en postas de carne, mondongos y ubres que guindaban al sol, en muros decrépitos donde también aparecieron vírgenes, en los vidrios de ventanales de construcciones abandonadas, en la nata de los caños y en el fondo de ollas de cocinas maltrechas. Los aciertos se daban hasta con los números de las tumbas de choferes, bacanes y jíbaros.

Las cadenas de noticias dieron despliegue a una mojarra en cuyas escamas emergieron de improviso los tres números que salieron en los chances. Se trataba de un envío de lo divino, de una miga de justicia caída en las calles de barrios rizados por la pobreza, marginados de todo; de algo así como un chisme numinoso en boca de sus habitantes, cuya única opulencia es el baile.

Cuando el chance salía los administradores de las agencias de apuestas legales llegaban al borde de la locura. Los milagros ocurrieron unas siete veces seguidas. Las empresas de loterías y apuestas reguladas con mayor solidez temieron la quiebra.

El último de los asombros ocurrió tan sólo la segunda semana del mes de marzo. La murmuración se regó en el barrio Torices. Esta vez se trataba de un chofer al que habían asesinado unos atracadores días antes en una carretera destapada en las afueras de la ciudad. El muerto literalmente se estaba metiendo en los sueños de sus compañeros de turno en la ruta de buses de Daniel Lemaitre; salía vestido con cierto aire de san Gregorio Hernández, bailaba música champeta y traía una arroba de oro en polvo en un fardo. Hacía sonar a todo un barrio con un picó celestial y decía en mitad del sueño que anotaran el chance con el número de su tumba. Los detalles de los sueños fueron diferentes en cada versión pero todos coincidían que el hombre bailaba con oro encima. En efecto, el chance salió. Era el 313. Sus amigos y colegas agradecieron este envío del más allá por el periódico local y le hicieron una misa el domingo siguiente.

*Por aquellos días los tanteos de la suerte insistían en los barrios y mucha gente estaba pendiente de cualquier rasgo de presagio en el entorno: en las vetas de la madera, en los árboles, en la gritería de los fritos al entrar en aceite hirviendo, en los ladridos de los perros, en el tramado de cables eléctricos y todo lo que tuviese característica de arrume, rareza o enredo.*

*Pero nada.*

*Nadie pudo descifrar la mecánica de los milagros ni mucho menos decir cómo aparecían escritos los guarismos soñados. De lo que sí tenían certeza era del modo en que el rumor del número se extendía crispando los barrios. <<El chance sale si todos lo compran, que nadie quede por fuera>>, era el argumento de muchos.*

*En junio de 1986 se formó toda una batalla campal en la ciudad. Durante tres semanas apareció escrito en varios pescados el número 346. Apostaron un día tras otro, miles de personas lo hicieron y no salió como premio mayor sino como premio seco. El mayor fue el 1644. Pero cientos de personas insistieron en que el premio fue el 1346. Los apostadores exigían el pago en las instalaciones de la casa de apuestas ubicada en la avenida Pedro de Heredia. La policía tuvo que intervenir con gases lacrimógeno. El gerente de la agencia dijo a la prensa que hacía pocas semanas habían pagado 10 mil ganadores de un mismo número y que no eran justificados los reclamos. El empresario insistió que era probable que se tratara de un montaje promovido por personas que querían aprovechar el alboroto para cometer un robo a su agencia ya que en ese sitio durante los fines de semana se custodiaba una cantidad de dinero considerable.*

*El escándalo trajo consigo admoniciones de curas y evangélicos, conceptos de psicólogos aferrados y los pronunciamientos de autoridades desconfiadas. Pero algunos sabían la verdad; que estos aciertos en los chances eran vivezas de delincuentes del azar que se las ingeniaban teniendo contactos en el interior de las loterías para acomodar las ruedas fiché y*

*luego soltar el rumor por los barrios desde las tiendas, esos miles de multiplicadores sociales que no sólo abastecen de víveres a la población sino que brindan vertiginosas noticias con los distintos lados de la verdad. En otras regiones del país fueron capturadas personas por estafa que habían estado vinculadas a estas bandas. Sin embargo la gente no tomaba conciencia y seguía apostando.*

*Sin embargo ocurrió un raro fenómeno: haber estado en el trasunto del misterio, haberlo gozado y manoseado, —así sea por unos instantes— hizo que se perdiera el interés en el misterio mismo, aunque los aciertos fueran palpables. Por alguna razón los aciertos o milagros cesaron. Una vez que se gastaron la plata los ganadores y los periodistas dejaban de escribir sobre ello nadie volvía a hablar de los prodigios. Durante meses hubo silencio. La gente no tenía duda de que semejantes portentos eran causados por una fuerza sobrenatural y que por ello debían esperar todo el tiempo que fuera necesario, ya que, según muchos, esas eran las formas en que actuaba la Providencia.*

*Sólo había que esperar. El único que no esperaba era el maluco que había dado muerte a Vladimiro aquella madrugada. El mismo que se había aliado con algunos policías corruptos y con un empresario de chances de baja estofa. Sólo se iba a los barrios a cantarles a sus amigos secuaces el guarismo soñado. Y estos, a su vez, se lo decían (dizque en secreto) a cientos de malandros que se encargaban de regar como pólvora el chisme del próximo número de la lotería. Con eso ganaba el 1% de todo lo que las demás autoridades del departamento ganaban en semejante treta.*

*Pero el asunto le demoró muy poco. Una mañana encontraron al maluco agujereado con balas en la vía que conduce a la zona industrial de Mamonal.*

## Ocho

*ESPINOSA SACÓ SU gran cuerpo del cubículo de vidrio del baño haciendo que el agua jabonosa cayera el piso. Una vez afuera se secó con una toalla la gran espalda tachonada de infinitos honguitos y de pequeñas heridas producidas por el agobiante de agosto. Se secó con extrema dificultad. Las toallas de Espinosa eran inmensas y mandadas a hacer. A un lado se oyó el chasquido del aparato de radio. Al fondo, sobre el espejo, a la altura de sus ojos, una fotografía de cuando tenía veinte años. Lucía delgado, sonreía y no tenía las entradas que ahora lo asemejan a las imágenes que conocemos de Tomás de Aquino, con el redondel de cabello y el resto de la testa devastado. Estaba abrazado a dos amigos. Fue el grupo más destacado de la graduación del 73.*

*Al salir del baño pudo encontrar una galería de fotos viejas en donde se destacaba la de su padre. El resto eran fotografías de la familia enmarcadas lujosamente y exhibidas con orgullo a lo largo de décadas por los integrantes de la familia. Todo en ese pasillo era prolijo y a media luz. El doctor Leopoldo Espinosa, su padre, había sido un hombre obstinado quien con la anuencia de la sociedad local y de todas las autoridades, fue uno de los cofundadores en 1960 de uno de los clubes de la ciudad.*

*El doctor Leopoldo Espinosa, fue pionero en la creación de una bien organizada lonja de finca raíz y fue capaz de avizorar el futuro económico de la ciudad. Tenía un talento impresionante para indagar el tropismo arquitectónico; concibió la idea de un suburbio en las alturas de la loma de Turbaco, desde donde puede verse toda la ciudad y desde donde se tiene la clásica postal del Caribe. Era un sitio ideal y a nadie se le había ocurrido antes construir casas campestres, sólo a él. Compró a bajo precio extensos terrenos a campesinos desvalidos que necesitaban dinero. En verdad no servían, pero de dichos pedregales brotaban innumerables fuentes de agua que irrigaban toda la zona y cada terreno tenía el ángulo adecuado para la vista panorámica. Hoy es un grupo de urbanizaciones venidas a menos, pero en los 80 se trataba de la perfecta imitación de los suburbios norteamericanos. El viejo moriría de cáncer en la próstata.*

*Espinosa se secó. Se bañó en colonia. Se puso el Rolex. Se vistió de blanca guayabera. En el pasillo se encontró de nuevo de frente con los ojos de sus ancestros.*

*—Águila uno a Águila dos—, habló con voz gangosa algunos de los tres policías por el parlante del radio.*

*—Ajá, ¿en qué andan?*

*—Listo, mi señor.*

*Espinosa manipuló el aparato como para oír mejor. Se llenó de ansias.*

*—Lo tenemos.*

*—Llévenlo al hospital de una vez.*

*Antes de salir de la casa tomó una grabadora y unos casetes.*

## Nueve

NUNCA PENSAMOS QUE el hombre iba a hacer semejante cosa. Creíamos que le iba a dar una lección, hasta ahí. Pero lo que vimos no nos pareció. Eso no nos gustó y nos asustó por mucho tiempo. Menos mal que las cosas antes eran distintas, no son como ahora, que todo es tutela y denuncia y qué sé yo...

Resulta que una noche ya estábamos hartos con tanta cosa con eso de Águila uno-Águila dos-Águila tres. Nos tenía aburridos. Tanto que ya no nos interesó lo que nos pagaba. Aunque en un principio era buena la paga y puntual ya en los últimos días estaba como flojo. I me imagino que era porque no veía los resultados.

Bueno. Esa noche de agosto se había formado una pelea entre pandillas en la esquina de Los Transmisores y uno de ellos, el más chiquito de todos, el que menos pensaban todas las pandillas, un *pelaito* de nada, un burrito fumador de vara, un cosito de nada... sacó del cinto un chopo; un changón casero que dispara clavos y balines, que parece inofensivo pero que hace mucho daño. Todos los pandilleros salieron de *corrín...* y cuando el vergajito disparó... se fue a incrustar en la pierna de uno de esos pelados. Dispersados todos de inmediato lo subimos a la patrulla. Por el muslo derecho le había entrado una esquirla, nos imaginamos que era un balín o acaso un clavo. Pero estaba llorando, se le mojaron los pantalones por el miedo, más por el miedo a ser capturado por nosotros que el miedo de la herida. Iba rabiando. Se quitó el pantalón con un solo movimiento y trató de ver en la oscuridad de la patrulla el hueco que le dejó el disparo. Pedro y mi persona lo entramos con él a la sala de urgencia del Hospital Universitario de Cartagena. Lo llevamos hasta el fondo, a lado y lado había heridos y pacientes con traumas esperando. Lo metimos al baño y ahí sí vimos la herida. No era nada. De seguro uno o dos perdigones en el muslo, casi en la ingle.

—Ese pelaito me las paga— decía el muchacho con lágrimas en los ojos.

—No es nada— le dije para calmarlo.

Además de seguro al día siguiente ya estaba en su casa suelto y con un o dos puntos en la pierna. Listo.

Lo sentaron en una camilla. Ahí esperamos. Pedro prendió un Pielrojas.

— ¿Estás cagado?, le preguntó Pedro burlándose.

Ahí enseguida se puso a llorar a cántaros. A mí en verdad me dio lástima.

De pronto llegó el doctor Espinosa, jadeando como un toro. Lo miró con ira. Se veía que se aguantaba para no ahorcarlo. El muchacho no tenía ni idea de lo que iba a pasar. Nosotros tampoco.

## Diez

DURANTE MESES BUSQUÉ a la enfermera que atendió a Popelino cuando se amarró el prepucio. Sabía que trabajó en el Hospital Universitario de Cartagena bastante tiempo. Fue la misma que curó de manera secreta a famosos delincuentes como el Samir Beetar. Hoy es evangélica y líder de la comunidad religiosa. No pude sacarle nada de la historia del muchachito a quien todos llamaban Popelino. Vive ahora en el barrio República de Chile y su sobrino, un famoso pesista del barrio a quien conozco desde el bachillerato, fue quien me dijo lo que ella le había contado.

*El hombre puso música. Lo más terrible es que el hombre puso música clásica en una grabadora. La cosa no duró mucho. Hizo que lo dejaran solo en un cuarto de limpieza. Donde guardan las muchachas de la limpieza los traperos y los utensilios. Lo llevaron hasta allí en una camilla. Esa noche no había muchos médicos en el turno de urgencias. Algunos estudiantes. El único especialista que había era el Dr. Espinosa. Todo el mundo se había ido a verle. Todos pudieron ver que estaba vivo, que incluso lloraba como un niño. Incluso era un niño. Me dice mi tía que no, que lo más difícil es saber la gravedad de un tiro porque un tiro tiene un recorrido caprichoso por el cuerpo y que puede atravesar varios órganos vitales y que te mueres si no te atienden. Yo creo que los culpables fueron todos. Que debió hacerse una investigación profunda. No sé por qué, pero cuando un malandrino de esos con fama de asesino llegaba al hospital, la costumbre era maltratarlos. Pero en Cartagena como en muchas otras ciudades ni ningún médico podía acusar a otro médico. A eso todavía lo llaman la mafia blanca. Lo que me dijo mi tía fue que con cuidado el Dr. Espinosa le amarró una pierna a una de las patas de la camilla mientras el muchachito lloraba. La otra pierna se la amarró al otro extremo. De tal manera que quedó abierto de patas. Yo me imagino que pensó que lo iban a curar. Dicen que la música sonó con estridencia. Dicen que lloró una y otra vez mientras le abría la femoral en carne viva. Dicen que fue un chorro de sangre incontenible, y además, dicen que el Dr. Espinosa le sobaba la cabeza para que el muchacho se quedara dormido. Murió como un hijo de menos madre. Cuando los familiares llegaron les dijeron que había muerto desangrado por la herida. Al día siguiente encontraron la historia bien contadita en El Universal. Al día siguiente los periodistas se tuvieron que inventar la historia de que la policía emprendía la búsqueda de quien había matado, en una riña callejera y con changón, al archiconocido delincuente apodado El Farolo.*

## Once

CREO, QUE COMO en las películas, uno debería escuchar una música justo en el momento en que le están ocurriendo cosas trascendentales. Justo en ocasiones límites. Esa música debería ser algo así como la voz de la conciencia. Porque hay mucha gente que no la tiene. Por eso creo que el *dolo* es un estado de la conciencia.

Ya pasaron veintiún años. El Dr. Espinosa murió dos años luego del suceso pues lo estaba consumiendo un cáncer terminal. Y fue en ese momento cuando empezó a saberse la verdad. Anaya me dijo que él tuvo que haberse enterado de que todo fue un montaje de una mano siniestra e invisible y que asesinó a la persona equivocada, que su venganza realmente nunca se dio. Tuvo que haber caído en la cuenta de que, contrario a lo que creyó, lo que hizo fue redoblar el círculo de violencia y odio. Que incluso la prensa le mintió para tomar tremenda decisión equivocada con su vida.

Hace un año hablé con Alfonso Hamburguer quien trabaja hoy como periodista independiente en la ciudad de Sincelejo. Tiene una diabetes que lo mancilla a ratos. Sigue siendo el mismo amigo de todos y en ocasiones hace de jefe de prensa de instituciones. Además, maneja un espacio en el Canal Regional del Caribe donde su tema principal es Derechos Humanos y trata de rescatar la historia de la violencia sobre las poblaciones de los desplazados en los Montes de María donde los paramilitares de alias “Juancho Dique” ejercieron un mandato de terror y sangre durante casi una década. Ha ganado varios premios nacionales de periodismo. Hace pocos meses ganó el premio Mariscal de Sucre en el departamento de Sucre, en el cual, casualmente hice parte de un jurado que por unanimidad consideró a su trabajo de buena calidad. No obstante una musiquita sonaba en mi conciencia.

Grande fue mi sorpresa cuando en una entrevista me aseguró que el tema de El Farolo en verdad era un mito que se habían inventado en la sala de redacción. Que muchos contribuyeron a ello. Se puede decir que fue una creación colectiva. Que la gente dijo muchas cosas en su momento. Pero eludió el tema de manera evidente cuando le dije que un policía

me había regalado toda la historia y que para él la historia no era un mito. Al contársela me respondió con una frase admonitoria: <<Creo que detrás de cada bandido de esta especie hay una novela>>.

En efecto —creo como él— que hay una novela en cada vida. Pero también creo, como José Emilio Pacheco, que en muchas ocasiones “somos todo aquello contra lo cual luchamos”.

## ANEXOS

### PÁGINAS WEB

- [http://www.eluniversal.com.co/noticias/20090518/ctg\\_gen\\_la\\_tribuna\\_busca\\_talento\\_local.html](http://www.eluniversal.com.co/noticias/20090518/ctg_gen_la_tribuna_busca_talento_local.html)
- [http://ciudadamurallada.blogspot.com/2006\\_08\\_01\\_archive.html](http://ciudadamurallada.blogspot.com/2006_08_01_archive.html)
- [http://www.eltiempo.com/colombia/caribe/alfonso-hamburger- lanza-su-nuevo-libro-ataque-de-frio-de-perros\\_4729458-1](http://www.eltiempo.com/colombia/caribe/alfonso-hamburger- lanza-su-nuevo-libro-ataque-de-frio-de-perros_4729458-1)
- [http://www.tierradegaitas.com/index.php?option=com\\_content&task=view&id=107&Itemid=1](http://www.tierradegaitas.com/index.php?option=com_content&task=view&id=107&Itemid=1)

## BIBLIOGRAFÍA PARCIAL

- Los elementos del periodismo. Bill Kovach y Tom Rosenstiel. Ed. El País. Madrid, 2003.
- El nuevo periodismo. Tom Wolfe. Editorial Anagrama 2001.
- Los Periodistas Literarios: o el arte del reportaje personal. Autores: Mcphee, John. Didion, Joan. Wolfe, Tom. Rhodes, Richard. El Ancora, Bogotá. CO. 1996.